



la idea de que la derecha va a combatir menos al PSOE porque le vea más moderado en apariencia puede irse abandonando por el momento. La derecha española matiza poco en este aspecto.

Si, como parece probable, UCD puede obtener en estas elecciones una posición como para gobernar apoyada en grupos menores, no va a querer hacer otra cosa. No parece tampoco que el PSOE debiera querer hacer otra cosa que representar la oposición; la oposición de izquierdas. Sería, probablemente, la opción más democrática posible dentro de las circunstancias del país. Un Gobierno más definido, más claro que el que ahora tenemos, menos enmascarado en sus opciones hacia la derecha, y una oposición de izquierdas que, desdeñando pactos y consensos, presentara las alternativas suficientes, hiciera la crítica del poder y presentara sus propias alternativas. La inversión de papeles —socialistas en el Gobierno, UCD en la oposición— probablemente no fuera tan clara: porque el PSOE no podría gobernar con arreglo a sus propios principios —presionado por las fuerzas internacionales y por la resistencia interior de fuera del Parlamento—, y porque UCD volvería a enmascarar sus propuestas. Pero está en lo posible.

El ideal sería que el PSOE, dirigiendo la oposición por su número de escaños, contase con la colaboración del PCE, sobre bases mutuas de honestidad y comprensión. Si UCD se vence hacia la derecha como es su vocación y como le van a exigir sus alianzas de dentro y de fuera del Parlamento, el PSOE tendría la del PC y otras fuerzas de izquierdas; un PC fuerte por sus sindicatos, y también por sus posibles puestos municipales. Ocurriera entonces que la cuestión derecha-izquierda, la bipolarización del país, estaría representada por el Gobierno y una oposición llevadas por partidos moderados. Esto, naturalmente, no va a suceder. Las desconfianzas de la izquierda entre sí y la utilización de sus fuerzas y el disimulo de sus debilidades no lo va a permitir.

Lo que, en todo caso, no debe suceder es regreso al consenso, a los pactos y al escamoteo de las formas democráticas abiertas. El número de abstenciones indicará probablemente a los partidos de la izquierda lo que han perdido con esa política; probablemente obligatoria, pero intrínsecamente mala. Y ni sólo para ellos, sino para el país. La atonía de esta campaña, el disgusto general ante las elecciones, son una muestra de todo ello. ■

LA TELEVISION ES SIEMPRE AJENA

UNA de las constataciones más curiosas que permite hacer esta campaña electoral es la de que la televisión no fascina, no domina, no atrae, no convence a nadie. Los espacios dedicados a los partidos políticos están horrorizando al espectador, en general. En particular, hay, por ejemplo, mujeres que sienten ganas de disparar cada vez que un nuevo rostro en la pantalla —femenino o masculino, de izquierdas o de derechas— les asegura que van a salvarlas del horrible engranaje en que parece que les hemos metido los hombres. Las cabezas parlantes, los himnos mal tocados —cada izquierda quiere presentar, por ejemplo, su versión de "La Internacional"; uno, en una versión de flauta como para Jean-Pierre Rampal; otro, en un xilófono al estilo de Lionel Hampton—, las mesas de mitin con banderas delante, iconografía detrás... Aquí están los impecables centristas: ved cómo Sudrez sale sin arruga en la gabardina —dice el anónimo comentarista— del baño de multitud de Santiago de Compostela, donde fue "cual romero medieval"; allá los jóvenes barbudos que huyen de la imagen de la corbata y presentan sus camisas abiertas.

Si a un enemigo de la democracia y del régimen de partidos se le hubiera encargado de hacer esta serie de emisiones electorales, no lo hubiera conseguido mejor. ¡Qué desgaste! Y, sin embargo, cada uno se ha hecho la suya, cada uno ha elegido lo que ha creído mejor. Y entre todos incitan a la abstención.

¿Qué vamos a hacer con todo esto? ¡Si se pudiera votar a Kunta Kinte! Tan fiero, tan independiente, tan luchador... Pero no se presenta. Los que se presentan son éstos, imitadores del ayatollah, unos; de Giscard, los otros; estos torpes de palabra, enfiladores de tópicos, prometedores de paraísos, aburridos ciudadanos que, sin duda, no son así en la vida real, en la lucha por sus partidos y por sus ideales, pero que la televisión ha convertido en muñecos de palo, sin concurrencia posible con los grandes actores a que nos tiene acostumbrados el medio cuando recurre a los telefilms.

No entontece con la televisión quien quiere, sino quien puede. Nuestros políticos han querido entrar en la pantalla y no han sabido. Ni apenas han sabido tener una presencia digna.

Creemos el aparato a la hora de los comunicados. Si tenemos ya la conciencia política hecha, votemos a quien esa conciencia nos dicte, a quien nuestra reflexión nos indique. Olvidémonos de las personas; pensemos, si somos capaces, en los ideales. Si no tenemos la conciencia todavía hecha, busquemos otra manera de hacerla. Nuestros partidos, en una televisión que les gana, nos incitan a abstenernos, y luego nos podremos arrepentir toda la vida.

Una vez más resulta que la televisión no es la vida; es la vida que hay dentro de la televisión, que no tiene nada que ver con nosotros. Mientras es ajena, y es la televisión de ellos, nos permite estar en favor o en contra. Cuando es nuestra, nos decepciona. Nos fascina al revés, nos desatrae, nos repele. ■

POZUELO